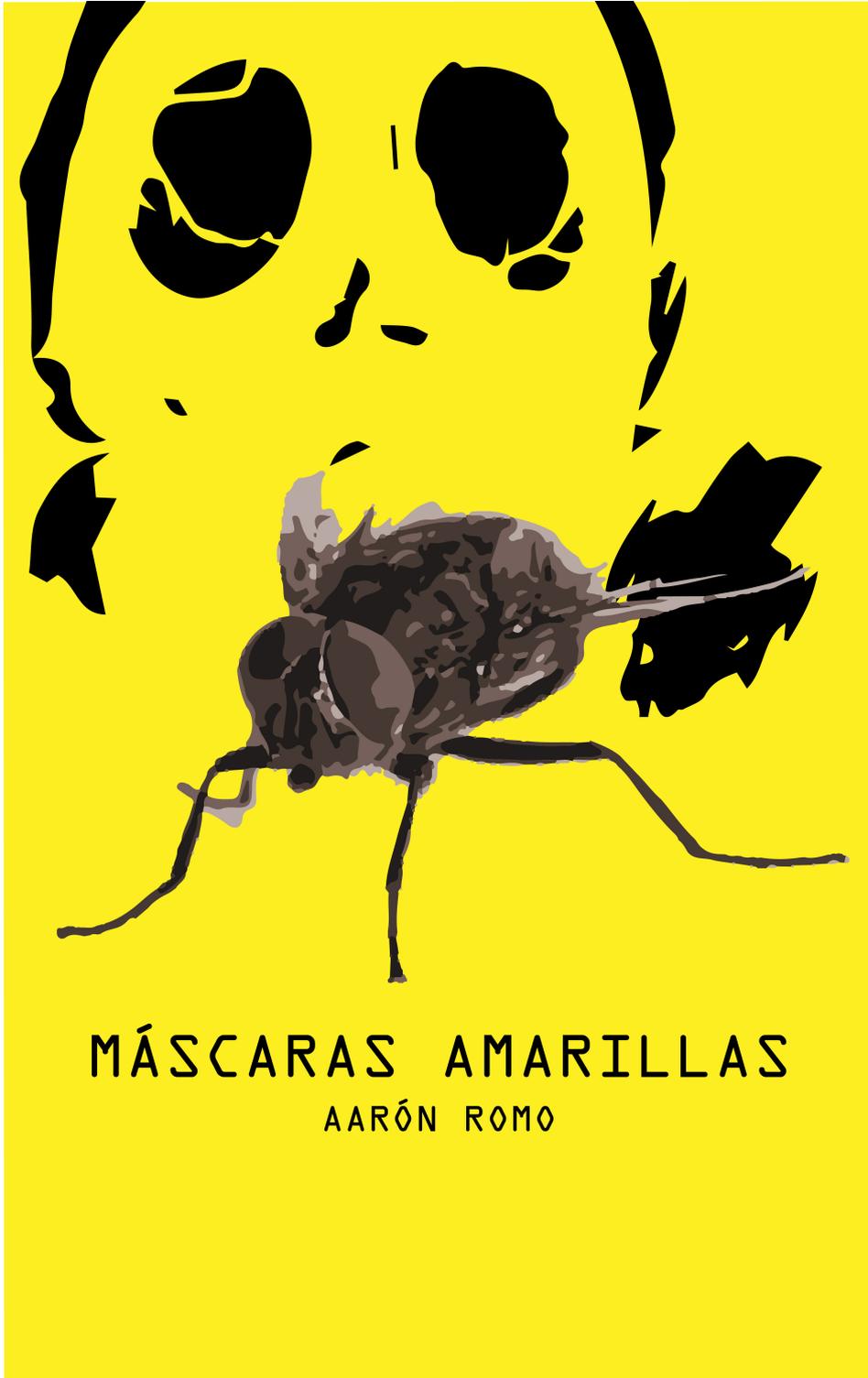


MÁSCARAS AMARILLAS

Aarón Alejandro Romo Arceo



Capítulo 1

El empedernido miserable, quien atribuyó una labor casi divina a las hazañas de los plomeros, porque ver la mierda anidando en la garganta de la taza te recuerda al estancamiento de la vida. Tal vez a mis compañeros y a mí nos habría puesto en un altar de haber sabido lo que vendría décadas después de haber bendecido para siempre la senda del borracho antes de tomarse un trago sobre las nubes.

Un par de ojos cercenados en planos de tonos escarlata, acumulando decenas y coqueteando con los centenares, daban pie a crear la imagen del rostro de una mosca plasmado sobre la portada del libro que guardaba en mi casillero. Manchas agrias desdibujan. Trazan un verdusco trazo, cada trazo traza un verdusco trazo, anexando a su estadía bajo mi cuidado lo que llamamos "paso del tiempo". Lo abrí; para un adicto a la cocaína, la nariz es su instrumento más valioso; puedo sincronizar la empatía con ellos cuando el olor del papel añejado lo embarro en mis fosas nasales. Que delicia; madera muerta y resucitada. A eso huele un buen libro. Puedes saborear whiskey con el olfato, o la uretra de una mujer esbelta (prefiero eso al clítoris); las neuronas negarán que pueden reproducirlo entre recuerdos y alucinaciones, pero la memoria es necia, emularán ese aroma (no peste, aroma), poseyendo la propiedad del presente, aquello que no les pertenece cuando lo hacen. Pero ni eso se iguala a las hojas viejas que tienen una historia entre los dientes. O decenas atiborradas como espermatozoides.

El tiempo es vapor, las manecillas me lo recuerdan, gélidas, acerbadas (quizá indiferentes nada más), pero también hipócritas y descarriadas. Las novelas poseen el sabor del matrimonio, presagian una paradoja que enaltece el ego del infinito. El coito entre casados asemeja la tinta con la que se plasma una cláusula, con la plena diferencia del sexo que realizan los novios, los amantes, o los desconocidos que decidieron ir a un bar una noche. Saben diferente, como el café amargo y el azucarado. Eso es lo único que puedo pensar cuando intento digerir párrafos y párrafos que, por más que los juntas, no prometen un final instantáneo. Cuarenta páginas después, sigues estancado en la misma historia que ya se alargó más de lo que debería. Eso es el sexo entre casados. Los párrafos que brindan laxitud en la capacidad de atención y una contundencia tan satisfactoria como la eyaculación dentro de un departamento que no es tuyo son los párrafos de los cuentos. Pequeños sketches de gente que no existe, todo entre vidas miserables o sardónicas, a veces imposibles dentro del páramo de la materia realista y su curso. Cuentos que exigirán quizá cinco minutos de tu reloj para que termines de leerlos, disfrutarlos y absorberlos. Una novela es una bofetada cínica; la perra exige que le brindes demasiadas horas a su historia.

Las antologías son el agua en el desierto para mi deleite. Abrí una página del libro con la mosca (sin atreverme a retar al índice), busqué un título. Leía, atento, "LA BROCA" de Danny Silahbonok:

"Vueltas extasiadas. Hay movimiento, pero sólo parece mito. Un cuerpo que finge la propiedad de lo inerte. La broca gira y gira y gira. Chuck aprieta el gatillo del taladro, sin brindar descanso a su dedo. La falange se ha enrojecido y eso no hará que Chuck recapacite para otorgarle descanso a su yema pálida.

En el interior de su cochera, no dejaba de contemplar el taladro. El sonido agudo del pequeño motor era el beso de una mujer en su cuello. SCKRIIIIIIIII, nada más eso escuchaba. Atiborrados sus tímpanos del ronronear chillón.

Sonríe. Dicen que, si atoras la broca más pequeña del catálogo de cualquier tlapalería, de cualquier fabricante de taladros y la dejas girar en tu uretra, encontrarás el placer de una lengua, tal vez la de una mariposa, recorriendo cada centímetro diseñado para darle placer al pene. Chuck sabía de lenguas; dejó que la suya fuera masajeadada por una broca que puede hacer un agujero de un centímetro en una pared de concreto. Dejó que su contorno rozara cada papila, con la velocidad de la lluvia estrellándose con el pavimento. Cosquillas y más cosquillas, todas necias. Sintió lo que un niño cuando aprende una manera de masturbarse. Hierro amargo, polvo rancio, a eso le sabía la saliva luego de que un escupitajo color rubí saliera disparado de su boca. Eyaculó casi al mismo tiempo, aunque aún tenía la erección, así que decidió tomar aire, esperar pocos minutos, saborear la sangre y hacer sonar el taladro cerca de su oreja, sin rozar la carne, sólo la sensibilidad del éxtasis, y se hizo una de las mejores chaquetas de su vida.

Buscó la broca más pequeña que tuviera en el garaje. Ni siquiera tenía el pulso del tlapalero o del carpintero, ni siquiera el de un albañil; pero había comprado el taladro de todos modos. Bastaba con que supiera hacerlo girar, tal cual su padre cuando ponía repisas, de esas veces en las que sólo lo ayudaba para poder escuchar un rugido prolongado saliendo de aquel pequeño aparato.

Encontró la broca que consideró apropiada. Podrías hacer la casa de una larva recién parida con ella. La colocó en la punta del taladro, con el cuidado que se tiene cuando se adhiere un condón. Dejó que comenzara a girar la broca. Permitió a los bordes internos de la uretra sentir la fricción.

Chuck no tardó en dejar salir una risita que se escucha en el humor de un niño, puede que uno retrasado. Sus piernas brincaban, apretaba los dientes, sonreía, feliz y contento. Era su pulgar el cual tenía que presionar

el gatillo.

Fueron cosquillas las que se propagaron como pólvora extasiada por una llama. Un ardor tibio entró en sus nervios poco después y lo hicieron gritar. La erección daba en toda la palma manchada de un hilillo pintado de un tacaño rojo.

-juuujuujujujujuju - decía Chuck.

Sólo después, la cochera lo traicionó. Polvo en ella que llevaba atrincherado ahí dentro por demasiado tiempo voló por cada fracción del aire contenido dentro de ese cuadrado gris y lo hicieron estornudar.

No pudo contener toda la estabilidad de su cuerpo, ni que decir de la mano que sujetaba el taladro. La broca perdió dirección.

Chuck, torciendo las articulaciones de los dedos, soltó un grito agudo, profano. Un cerdo chillando podía hacerle compañía al creer que se trata de un coro o dueto. Chuck se retorció.

La broca anoréxica atravesaba la mitad del tronco de su pene."

El buen Danny, profesando su talento innato minimalista y estético, con una figura retórica sobria que sólo puede paladearse en un cuento, pero llega a hostigar si aderezamos una narración de casi trescientas páginas con tales especias. Recuerdo las divagaciones a las que me rendía con una de las novelas de Silahbonok, una historia diseñada para guardar en el bolsillo sobre un oficinista aburrido de la vida que se mete en un club sadomasoquista gay y descubre, no que es gay, sino que es un Edipo resentido. Alguna mierda que tiene que ver con represión o algo así. Busqué el final en internet, me aburrió luego de cuarenta páginas que me llevaron tres semanas enteras; justo lo que duró mi pequeño amorío con lo que implica esclavizarte con una novela. Pero los cuentos de Danny deberían ser salmos de alguna religión, una que haga devoción al cruel arte de la vida, a la cómica biblia que escribe cada quien en su día a día, con nuestras peripecias, nuestros traumas, nuestros resentimientos y todas las filias que rescatamos de una adolescencia que ya sólo recordamos con un rubor bajo los párpados inferiores.

Capítulo 2

Vestido de un traje hermético y opaco de color amarillo, la misma piel que porta la máscara de oxígeno que uso, escalo una montaña de mierda. La masa fecal moldeada por la huella de mi bota hace que me imagine una sucia onomatopeya que pueda alardear de hacerme imaginar su soundtrack.

Un pasaje apocalíptico podría tener escrito lo que devoro con las pupilas justo en este momento, uno que se acopla a todos los recuerdos previos a hoy, los mismos que tendré hasta mi jubilación en treinta y cinco años. Kilómetros fecales bajo un cielo amarillo, perímetros trazados con mojones amorfos, campos de cultivo de porquería excretada por rectos con parásitos e inflamados, mierda, un océano en el cual se puede nadar en mierda. "Oceáno" es un placer retórico que el lenguaje me concede, "nadar" es un verbo que le pertenece a una declaración concisa. Apenas ayer, don William, un anciano que se jubilará en tres años, estaba hundiéndose entre orines y diarrea. Gonzalo y yo fuimos a rescatarlo. Desgraciadamente, don William perdió su mochila especial y el resto de su equipo para recoger porquería. Se lo descontaron del sueldo del mes. Acordamos que los jefes eran unos culeros. Luego, a la hora del almuerzo, nos tomamos un café y comimos dos tortas de jamón.

Don William me prestó un libro suyo, una serie de relatos de una escritora estadounidense llamada Eva Devox. El libro se llamaba "MI SONRISA TUYA". Por la portada con dos muchachos varones de la piel clara, y una carne que se siente tierna y suave con sólo verlos, además de pequeños vistazos a pectorales nacidos de cualquier fantasía húmeda femenina, no deducías fácilmente de qué iba la temática, aunque la lógica hacía su parte al ver a ambos jóvenes hombres robándose con los ojos la mirada del otro.

Me leí el primero:

"Nataniel sintió la calidez de la mano de Emile sobre su pecho. Un cosquilleo se esparció bajo sus testículos, y la sangre cabalgaba hasta llegar al lugar apropiado cuando empezó a hacer círculos que llegaban a tocar los pezones con el pulgar y el meñique.

No importaba el frío de la noche, ni las morusas frías de lluvia despojadas de las nubes, Nataniel sólo consideraba el tener el tacto de Emile calentando su pecho.

– ¿Te gusta? – le dijo Emile, siempre perpetuando esa sonrisa que, en combinación con sus cabellos rizados y su voz que sabía a miel, le producían una necesidad intensa de besarlo hasta quedarse sin

respiración.

Acarició su rostro, le hubiera gustado poder sentir sus pecas. Recorrió el abdomen hasta llegar a su pe..”

Lo cerré antes de poder terminar. Puedo soportar imaginando semen saliendo disparado, puedo soportar besos y caricias entres mayates, pero, al igual que en una base nuclear, hay niveles, termómetros. El sexo gay se me hace repulsivo. Ni siquiera el lésbico es entendible para mi libido, así como tampoco entiendo a Gonzalo, un muchachito descarriado pero responsable, y su fetiche por las lesbianas.

Marcela, la secretaria del Departamento de Control Masivo de Desechos, ya había leído el libro de la tal Devox y le pedí que me dijera en que acababan los relatos. No pensaba leerlos y tampoco quería que don William se sintiera mal, era un anciano que jamás se casó y nunca perpetuó descendencia, con la estructura ósea lánguida y la piel mordisqueada por los años; pero era una de las mejores personas que pueden habitar en este país lleno de mierda, con el presupuesto gubernamental machacado, administración desgraciada, y todo el cáncer de los dirigentes de esta cleptocracia que permitió que una empresa canadiense destrozara casi todo el sistema de drenaje con desechos de dudoso estado y alterara su estructura molecular para convertir la mitad del país en un retrete jumbo.

No juzgaré a William por su gusto por la literatura gay. Supongo que es más sano que mi apego un tanto enfermizo al humor negro de la obra de un tipo que describió como un pobre enajenado se taladraba el pene.

Capítulo 3

Volví a la antología de la mosca. El menosprecio al índice lucía como algo enfermizo ya que lo pienso con cuidado. Posiblemente sea un deleite infravalorado; un autor, una obra nacida del andar de sus dedos a través de un teclado, de una máquina de escribir (algunos escritores todavía poseen un espíritu anacrónico) o de una computadora. Es tan intenso como un cuento; ¿menosprecias un aperitivo antes de oler el plato que será clímax? No estoy arrepentido. Vi que Alfonso Sahagún estaba adherido sobre la numeración centrada de estas páginas que no corroía el tiempo expandido.

"La sangre es vida. Lo dijo alguien que cree que respira el aire de los poetas. Pero no. Idiota. ¿Sabes lo que significa la sangre? Sólo es muerte. Si la extraes de las venas que las socorren, ya no hay nada que salvaguardar, sólo resta contemplar el brillo ante la mordida del sol o el hastío de la luna. Incluso entre los destrozos malsanos de los cuerpos destrozados, su belleza se saborea. Las pupilas la absorben. No, no es raro, es bello, tanto como un orgasmo. Un tráiler convirtió en papel machacado con la fuerza de un puño a un automóvil conducido por una mujer mayor. Su brazo era el único legado que deja ante la carretera ahora que el cuerpo apenas es una mancha con grumos dentro de los añicos que conformaban un vehículo. Lo veo, veo la sangre, en mis alucinaciones voluntarias, corre, ausente de velocidad, sedienta. No estoy seguro de contemplar un éxtasis certero, para asegurarme de que esta erección que resguardo bajo la mezclilla es digna de valer algo, pienso en orgasmos que resguardan en algún almacén roído por la inmadurez y la frivolidad de las filias. Hace una semana, contemplé un accidente con dos vehículos pequeños; el parabrisas de uno se convirtió triángulos deformes y quedó sobre el capó del segundo, donde su conductor no veía su cara seccionada por tres hilillos de sangre. Lo vi todo desde un callejón. Incluso con los policías y una ambulancia cerca, me masturbé detrás de unos botes de basura, pero preferí recordar la tragedia de los perros; aquella casi cómica profanación a la paz luego de que una mujer sacó a pasear a tres canes de raza equiparable a la superioridad aria y en un descuido perpetrado más por el alcohol que por el conductor que aferraba las yemas al volante, un deportivo convirtió en corbata a la mujer y a dos perros. Una mancha que lamía el asfalto se impregnó; luego, el responsable huyó; uno de los perros quedó con una pata trasera destrozada. Eyaculé y siguió llorando el animal.

Una radio que me regaló mi padre antes de perecer ante la insistencia del cáncer me dice dónde hay carros aniquilados. Pienso en la sangre que puede fluir, pienso en lo que significa ver láminas poseyendo las propiedades de una barra de plastilina. Pienso en las ventanas chillando y

comienzo sentir cosquilleos ahí abajo, en el centro.

Aun habiendo visto la ambulancia a lo lejos, me habría negado a detenerme.

Llevé mi propio automóvil hasta el trayecto de ella y dejé que sus faros me embistieran.

Creo que eyaculé cuando vi que estaba de cabeza.”

Querido señor Sahagún, usted es un cuentista que nació del vientre de la naturaleza, en sus genes, los narradores de historias depositaron talento, confianza y el don de la palabra. Recuerdo una antología breve que portaba el nombre de este escritor, la renté en una biblioteca. Tanta crueldad sometida a la sátira de un escritor mexicano de ascendencia española sólo podía ejercer deleite ante las pupilas de un conocedor veterano del mundo de las palabras contenidas entre cuentos o relatos, esos que acunan la existencia de un muchacho de la complexión de un trapo que trata de vengarse de su apático y arrogante instructor que se fija en cada culo femenino que realiza sentadillas dentro de su gimnasio, al igual que la historia de un cazador de brujas en el norte de México con cáncer de próstata.

Capítulo 4

La rareza es un platillo salado que debe embadurnarse del toque del azúcar; pruebas un bocado, es perfecto con salsa, sabe a barbecue, tiene picante, crujen jalapeños ante el juicio de las muelas; a eso sabe la convencionalidad, a eso sabe el estatuto, a eso sabe la técnica; ahora, ¿qué tienes? Le echas miel, sólo un hilo fino que en un principio tiene una longitud que se asemeja infinita. La zarzamora es amarga, pero dulce, empalagosa, la masticas con el jalapeño. Eso es la rareza. La rareza es descubrir, la rareza es desafiar, la rareza es destruir, la rareza es olvidar que lo salado y lo dulce no se combinan. Así nacen las obras que revitalizan las bibliografías de Silahbonok o de Sahagún, así se manda a la mierda la línea que divide tonos y conceptos, esa es la línea que degüella la vergüenza de estar frente a los ojos de miles de personas que van a decirte que has alcanzado un nivel de ridiculez que avergonzaría al adolescente más díscolo en el país, pero Bukowski no permitió que su ceguera hacia la figura retórica o el hastío que generaba ante una frialdad y una simpleza dignas de un diario maltrecho de algún amateur que estaba a punto de aventarse de un puente detuvieran a su pluma (o máquina de escribir). De igual forma que reducir principios y ambiciones para sostener el dictamen de lo que es políticamente correcto asesina cualquier receta que mezcle miel con jalapeños. Tal vez la miel es un asco. Tal vez lo tuyo es la zarzamora. ¿Qué asemeja la zarzamora? No es más que perspectiva. La rareza ahí sigue. La perspectiva puede aderezar con la excelsa técnica lo necesario para que el platillo funcione.

En mi mundo de mierda, en este país enaltecido y dirigido por su fetidez, la rareza de los cuentos es el mejor tapón para la nariz.

Cuánta rareza podría ser más ridícula que esto.

Capítulo 5

El reloj se mueve en lunes. El viejo don William lee "LA CICATRIZ QUE LLORA" de Jerome Questehú, en un banco. Un apretón de manos abrió camino para que le preguntara sobre el libro. Miel, jalapeños; no digo que se tratara de eso; un hermafrodita con la balanza inclinada por el cromosoma Y conoce a un transexual con el pito recién removido; sus padres repudian su "yo" femenino, y conoce a este pequeño fenómeno con los genes esquizofrénicos, que lo convence para que escapen juntos a Italia, donde conocen a una pareja de homosexuales que viven en un hotel abandonado y les gusta hospedar gente por diversión, gente que se la vive escapando del cruel conservadurismo. No negaré que se escuchaba interesante. Una novela con el grosor de una nuez.

Me preguntó sobre el libro de la tal Devox. Un asentimiento necio e infantil me permitió mentirle con mayor fluidez. Le dije que se me hacían cuentos extraños, ajenos a mi círculo de apreciación literaria, no sé, ¿cómo se puede criticar la literatura de esa estirpe? Le dije que eran bonitos, bellos, eficaces. Le comenté que me encantan los finales felices.

Un gesto es delator, y puede estar gritando una diatriba con un minúsculo entrecejo, y los entrecejos son peligrosos, estoy acostumbrado a estar alerta por aquellos que mi madre dejaba caer sobre mi cara. Don William incluyó una torcedura nasal en el suyo.

–¿Finales felices? – preguntó.

–Pues sí, ¿no? – le respondí, percatando mis mejillas en una sonrisa imbécil.

–Si todos los cuentos terminan en tragedia – casi como un maestro avejentado – Acuérdate que ha Nataniel lo mata su padre cuando descubre su relación con Emile, y luego éste se suicida.

Humillado, sin posibilidad de escapar.

Desprecio a Camilo Zardén, un gordo desgraciado que asemeja la anatomía de un castor, aunque sólo más chaparro que un roble, pero retrocede varios pasos en la evolución de las neuronas. Se volvió mi maldito Superman cuando apareció en los casilleros.

–¿Qué onda, jotos? ¿Qué chingadera es esa, don William? ¿Más mierda de maricones?

William rehusó una respuesta; aventajó aire con la nariz. Camilo le

devolvió una sonrisa burlona. No se miraron.

Miré a Camilo, esperando que se diera cuenta de que odio a los castores. Se volteó a verme luego de sacar su máscara amarilla de su locker.

-¿Qué pedo?

-¿Qué pedo? - le respondo.

Sonó la campana.

Capítulo 6

Los mares de excremento que pudieran ser un Círculo dentro de la obra de Dante siempre portaban el poderío de una serpiente que se come así misma. Metemos mierda en nuestros recipientes especiales, nos comemos con nuestros colmillos este cuerpo reptante; el final se presagia como un mito, apenas existente en la pureza de las historias de una fogata. Esta serpiente se extiende, y es entonces que hemos conseguido la alegoría del infinito.

Caminé con cuidado, decenas de cuervos se hundían entre la porquería. Veo el cielo más amarillo que de costumbre.

Ansiaba regresar a la guarida de la mosca.

Camilo pasó su mirada por la mía cuando me vio sentado en el comedor. Don William tuvo que irse temprano por un dolor de cabeza intenso. Le descontarían el día y, sólo para contentarse, los jefes le mermarían las vacaciones.

Gonzalo me saludó al rasgar el aire con la parsimonia del gato, y preferí prestarle un alzamiento de cabeza. Comía un sándwich mientras leía.

La vida es una porqueriza (lo era antes de olfatear el aire venenoso plagado de heces microscópicas en su andar). No sé por qué el realismo sucio intenta hacerla tan limpia. Considero al minimalismo el águila que devora los sesos de aquel héroe griego cuando Zeus lo encadenó a una montaña para ser merendado perpetuamente entre el hambre de ser alado. Frases cortas, indexadas en el habla coloquial del día a día dentro de la vida inmunda; los niños de la primaria son personajes de cualquier obra de realismo sucio, no lo saben, pero su vida es una obra entera del minimalismo que quieren hacer pasar por arte. No hay rareza, no hay estilo verdadero, simples holgazanes que, con un libro de autoayuda, una sesión en AA y un manual de computadoras pueden crear cualquier obra vendida bajo tal epitafio.

La mercadotecnia es malvada, ingenia una tendencia y te hace creer que sus invenciones siempre estuvieron ahí para ti, como el sol o el agua. No sabes que debes apreciar tal o cual bibliografía de X o Y autor o de lo contrario tu intelecto se puede encontrar en cualquier bolsa de dulces.

Aunque el sentido común también es cruel a veces. No crees si no te dicen que está bien que creas. Solipsista, rebelde empedernido, quizá con un aura recalcitrante entre la necesidad de sostener veneno en las fauces y renderizar un nuevo universo donde tu palabra sea la de un dictador. Y la

mercadotecnia existe desde la era de Jesucristo.

Lo mismo pasa con las novelas o la ficción en general durante este "tratamiento minimalista".

Empecé con Jeff Clayton Sobreece, con su novela "MANIÁCO DE SEDA", sobre un magnate del petróleo vanidoso que gustaba de secuestrar sirvientas y comprar esclavas sexuales para torturarlas por semanas, y que en las noches le encantaba dormir con pijamas de seda. Si las novelas para mí son una maldita consulta con el proctólogo, este tipo me puso en una sala de espera con música norteña. Desmembrar gente, destruir con un hacha o una segueta la intención inicial que la naturaleza le propinó al cuerpo humano y su estructura, hay una belleza que te sabe a miel, es tan mezquino, tan enfermo, que asemeja lo que el vino a un degustador. Con el realismo sucio no hay vino, no hay miel, no hay jalapeños, no hay rareza, sólo hay hechos, lo mismo que puedo leer en un periódico de nota roja e incluso más imaginativo; hay más arte en la fotografía de un cadáver.

Sin embargo, un diamante parece una roca cuando está bañado en tierra.

Conocí a Herbert Cluberki en un cumpleaños hace ya cinco. Me lo regaló mi exnovia. Simpleza, la estructura que poseen las notas en el refrigerador, los mensajes que vienen acompañados de eructos reteniendo ron o cerveza de los infames en las cantinas. Pero algo más importante aún, honestidad.

Curiosamente, uno de sus mejores relatos venía en la antología de la mosca.

Se llamaba "LA LENGUA".

"Bernard tomó la botella de whiskey de un sentón. Le gustaba el perfumado aroma y el golpe en el pecho al tragárselo sin detenerse. No estaba seguro pero una congestión alcohólica podía producirse mientras más rápido lo tomara incluso antes de quedarse dormido. Estaría dispuesto a beber gasolina si con eso lo conseguía esa misma noche.

Su padre yacía moribundo en el hospital. Necesitaba de un hígado lo antes posible o de lo contrario moriría. La enfermedad lo hace vomitar sangre o a una mierda así; luego de que llegara borracho a casa y estuviera cerca de matar a su mamá a golpes durante unos diez años es poco lo que importa si vomita carbón.

Su tío es un hijo de puta sádico. Su primo es algo que pasaría por un ángel. Le dijo que pensaban secuestrarlo para robarle el hígado. Por eso sonaba mejor haber escapado a Canadá y empezar a destrozar todo lo que pueda destrozarse bajo la piel. Veinticinco mil dólares le sobraban de

haber vendido marihuana en la escuela y treinta mil de lo que robó de la caja fuerte de su papá, más los veinticinco que su madre le heredó luego de morir. Pudo poner un negocio, pudo haber invertido para estudiar en Europa, pero la única persona a la que quería enorgullecer y por la cual valía la pena ser feliz se había ido.

El alcohol tiene la última palabra ahora. Un mes entero de emborracharse y despertar. Maldita sea, ¿por qué siempre tenía que despertar? No le parecía injusto desear vomitando sangre o con la piel amarilla, cualquier indicio que pudiera hacer que su hígado quedara reducido a una masa inutilizable para meter en el cuerpo de su padre.

Tomó otro trago. Lo paladeó. Torció la cara y vomitó sobre la barra.

– ¡Carajo! – gritó el cantinero, limpiando violentamente el whiskey recién devuelto. – ¡Maldito imbécil!

–Cállate – dijo entregándole un billete de cien dólares americanos.

El cantinero retuvo el trapo sobre la porquería, incluso pareció olvidarse del olor. El billete lo hacía salivar. Lo tomó con la violencia de un águila y lo guardó en su bolsillo.

Fue casi cómica su reacción.

Escupió y volvió a atacar el whiskey.

–Estás olvidando, ¿cierto? – dijo el cantinero, adoptando un tono de voz compasivo, lejano al avaricioso que había sacado hace apenas un segundo.

–Me estoy muriendo – anexó antes de volver a torcer la cara por la bocanada de whiskey.

–Y piensas hacerlo con alcohol, ¿entiendo?

– ¿No tienes vómito que limpiar?

El cantinero soltó una carcajada. Tiró el trapo a la basura. Se sentó frente a él.

– ¿Sabes? Yo tenía un sobrino, un poco menor que tú. Se llamaba Henry. Iba a ser cantante. Tenía una voz preciosa, me atrevería a decir que hasta mandada a hacer. Mi hermano me invitaba a los festivales de música del chico. Casi se me salían las lágrimas – rio un par de veces – Sí, el chico era un puto Bieber u otro Sheeran, sólo que con más talento. Antes de darnos cuenta, ya tenía un contrato firmado como solista. Entonces, ya tienes aquí a una estrella en la familia, eso es maravilloso. Pues ahí tienes

a mi hermano con un Cadillac, dos Jaguares, y a su esposa con un yate y un departamento en Toronto, ¿sabes qué tenía Henry? Seis horas diarias de prácticas, un trastorno de ansiedad y mucho, mucho dinero que estaba gastándose. Él nunca tocó un solo centavo. – el cantinero mantuvo suspendida la sonrisa. – ¿Sabes qué pasó? Pues que un día su padre llegó y lo encontraron en su cuarto con la lengua cortada. – Hizo silencio un momento – Mal cortada, claro. Los doctores dijeron que ya llevaba muerto unos cuantos minutos. Y las cuentas bancarias murieron junto con él. A escondidas hizo un contrato para que el dinero fuera entregado a varios orfanatos. Era un buen muchacho, le gustaba pensar en los demás. Y obviamente a sus padres no les hizo gracia la idea. Pasó el funeral, los abogados estaban bloqueando a los tutores, al final no obtuvieron nada, ni una mierda. Y cayeron en deudas y más deudas, y así hasta que perdieron todo lo que compraron. Hace ya siete años que no sé nada de mi hermano. No sé si se habrá suicidado o si ya se habrá cambiado de nombre, lo que sí sé es que su esposa, que se divorció de él, vive en Montana. Y todo por una lengua.

Se le quedó viendo, aun saboreando el whiskey digerido. Ahora entendía, sí, claro que sí. Lo leyó en su rostro. Pudo entender sus intenciones.

– ¿Por qué crees que tu sobrino hizo eso?

–Tú podrías decirme. ¿Por qué un hijo tortura a los padres? No vas a cortarte la lengua, pero sí quieres destruirte algo. Henry odiaba su vida y lo que mi hermano y su esposa le estaban haciendo, que no era otra cosa que gastar su dinero. Él no era más que un cheque andante. ¿Qué lo convertía en eso? Su hermosa voz; y sin lengua, no hay voz.

Se quedó callado, era preferible no decir nada. Imaginó la lengua de Henry tirada en su habitación, temblando, muriendo. ¿Su hígado estaría temblando ahora?

–Apuesto lo que sea – comenzó a decirle al cantinero – a que tienes un arma detrás de la barra, ¿no es así?

El cantinero no negó nada.

– ¿Escuadra? ¿Revólver?

–Un revólver pequeño. De cinco tiros.

–Déjame verlo.

El cantinero, sonriendo, sacó un revólver plateado de mango negro.

–Una belleza, colega – dijo el cantinero. – Una vez le reventé la pierna a

un imbécil con esto. Me quiso asaltar el muy hijo de perra.

Vio el arma. Sabía estaba cargada.

Sacó de la chaqueta veinte mil dólares y los puso en la barra. El cantinero abrió los ojos como platos.

-Te doy veinte mil dólares si me disparas con eso en el hígado."

Y heme aquí saboreando la estructura más llana y con el vocabulario que domina un niño que acaba de abandonar sexto grado de primaria, pero es un niño que sabe convertir la poesía en un oropel y dejar que todo fluya. Entre imágenes que apenas emulan la realidad rodando en mi cabeza, puedo poner al señor Cluberki en una silla de madera, no lo veo usando una silla giratoria, debe sentirse suficientemente anacrónico para poder funcionar la transición a una falsa verdad; una laptop no reposa en su escritorio, donde, con la seguridad axiomática de que el verano le pertenece a la lluvia, hay alguna máquina de escribir (lo más moderno que poseerá resultaría quizá una máquina electrónica). Me gusta verlo con plantas, centrando su postura entre la anchura de una ventana acompañando la luz del sol, sin persianas; entre las veces que he decidido romper el esquema, visualizo cortinas amarillas, las mismas que yo poseía en mi cuarto de niño. El señor Cluberki escribe, lentamente, con una cerveza humedeciendo el escritorio. No pierde el tiempo buscando belleza en el lenguaje, pero tampoco ejecuta la apatía y la falta de talento como Emilio Baci y su aburridísima sinopsis de casi trescientas páginas de su intento de novela llamada "El Embajador", sobre un mafioso romano y su disfuncional familia que deben hacer un pacto con la CIA para que los ayuden a ganarle terreno a los cárteles colombianos en Estados Unidos. Cluberki ejecuta la sinfonía de la vida, esa hermosa sinfonía sin necesidad de convertir una versión de tu familia en un tentáculo del hampa italiana ni de meter a la CIA, porque en todas las historias de mafiosos debe aparecer el FBI o la puta CIA.

El señor Cluberki se perdió en una tormenta silenciosa, imágenes de la película de la obra de Baci ofuscaron como relámpagos embriagando el cielo la oficina del señor Cluberki; ahora debo limpiarla. Definitivamente quiero las cortinas amarillas ahora.

Capítulo 7

El cielo que nos corresponde ha extinguido toda clase de seres que pueden emitir un aleteo al traspasar sus nubes. Lo observé; un amarillo putrefacto donde tonos oscuros se sublevaban sobre sus olas me devolvía la mirada; plena consciencia, una mente formulando, una pupila perpetua; la mierda es infinita, pero la peste del cielo pronuncia eternidad. Nos miramos mutuamente y de seguro rememora cuando vaticinó algo como esto. Podredumbre excretada, aunque el ano es sólo una salida para sacarla; la mierda sale de la boca, de la televisión, de la internet, de la religión, de nuestros ojos, de nuestros oídos, y así es como decidimos dejar claro, no lo que dejamos, tal vez no lo que somos, solamente a lo que nos parecemos, lo único que podemos dar.

Eso que sentí en el tobillo estaba lejos de ser comezón o una simple lucubración psicológica, porque la mente apenas brinda relámpagos antes de darse cuenta de que se engaña a sí misma. Cuando bajé la vista, una segunda mano tomó mi pantorrilla.

–¡No mames! – grité – ¡Gonzalo!

¿Qué barandal invisible o pared subjetiva me sostendría? Caí, sostenido por una cama semisólida de porquería, sin dejar de sentir la presión en la pierna.

–¡Gonzalo!

Vislumbrar nada cetrino a través del casco era inútil. Podía preferir eso antes de adecuar mi vista a lo que sea que estuviera reteniéndome. Sentí una de las manos apretando mi entrepierna. Palpé la inestabilidad séptica; buscaba sentir el mango de mi pala metálica antes de que me rebosara el pecho del oxígeno de mi tanque.

–¡Raúl! ¡Gonzalo! ¡William! – sólo deshacía materia con los dedos, el recuerdo de los nombres recién invocados ya se perdía entre mis jadeos.

Ni siquiera tuve que alzar la cabeza. Las nubes eran un plano que ya no me pertenecía. Contemplar aquella otra cosa que me devolvía algo parecido a una mirada era la segunda cosa que me volvió inerte, la primera era saber que estaba encima de mí. Un rostro cercano a nuestra anatomía mostraba unos dientes aderezados de negrura grumosa; labios sin evolucionar, una piel oscura y supurando viscosidad marrón. Me estaba viendo, incluso con las cuencas vacías, me estaba viendo.

Si poseía brazos (si yo poseía brazos) se me olvidó que estaban ahí.

La mano que estaba sobre mi pecho tocó mi casco, la dejó posando ahí, cinco tentáculos huesudos absorbiendo el tacto de lo que único que separa mi rostro de sus yemas. Los dientes expuestos se separaron, su soplido invadió el casco.

Una piedra tiene más voluntad que yo. Una vergüenza haber olvidado que poseo músculos; quien piensa es mi pecho, se diluye con un golpe que se está expandiendo, engendrando náuseas, las cuales me hacen olvidar que se me han muerto los nervios, cada extensión se resigna a ser una floritura. Mi mandíbula temblaba.

Aquella figura alejó la otra mano. Sus vacíos aún me los otorgaba. Creo que pude haberme orinado encima cuando vi que sujetaba mi pala como quien esgrima una estaca. Con esa pose suelen matar vampiros.

Sobre su nuca estaba la pala cuando se la penetraron; como la hermandad del relámpago adelantado al trueno, se escuchó un chasquido húmedo que prometía haber machacado carne en estado poco conveniente. La figura pegó la cabeza a la espalda antes de caer.

Gonzalo estaba a mi lado, sujetando el Perimetrador.

–¿Estás bien? – me preguntó.

Pegué la quijada al pecho, un asentimiento patético que dudo que alcanzara a apreciarse. La voz de mi compañero se movía entre ecos. Con el aparato rozando la estética de las ametralladoras de los años treinta, sólo que más pequeña, y menos esbelta, casi gorda, con trazos construyendo figuras geométricas ajenas a la simetría, pero próximas la precisión causándole bultos y abolladuras preciosas. Gonzalo se acercó al cuerpo.

– ¡Cabrón! – gritó, más bien reteniendo un sin número de preguntas venideras que prefirió sugerir con esas dos sílabas.

Preso de un magnetismo autoinmune, levanté la cabeza, viendo como mi cuerpo era una explanada verde, sin uniformidad y abultado. Gonzalo tuvo que ayudarme a ponerme en pie.

– ¿Estás bien, güey?

Un “sí” atorado en el cuello elevó el mundo y lo descendió nuevamente. Sólo era mi pecho el que hablaba.

–Ya cálmate – Gonzalo volvió a contemplar el cadáver de esa cosa –

Vámonos.

Recogió mi pala del suelo. Avanzó hacia mí.

-Es extraño - dijo -, el cabrón no sangra.

Capítulo 8

Cada cosa que topaba con el aire que respiro regresó a su lugar cuando ya había cruzado la puerta de la consulta. Al recostarme en el sofá, las palabras de la joven Sadia seguían una caricia suave y parecían tener sentido al articularlas. Le dije que me encontraba mejor antes de que me preguntara cómo estaba, así que, ¿por qué sumirse en los estatutos de la rutina? Le dije dónde estaba, quién era, mi edad, mi rango y que me dedico a recoger mierda intoxicada para luego llevar a incinerarla en el maldito horno industrial o anexarla a las entrañas de la bodega de dimensiones divinas.

–Puedes irte, Ramos – me dijo sin mirarme – Veo que ya pasó.

Piernas delgadas, podían saborearse dulces entre los lengüetazos de mi mente, sus senos podían abastecer una boca y desaparecer en ella. Vaya que recuperé la solidez de las neuronas.

En su escritorio, una mesa de madera negra con una silla giratoria, donde descansa su celular, una computadora sin el disco duro acoplado a la pantalla, fue un libro lo que evaporó la importancia de todo. Le pregunté por él; me lo presumió como “El Algoritmo de Miguel Ángel”, se deletrea “Ray Green”, claro que no le voy a echar en cara su vomitivo gusto por los thrillers históricos que Green insiste en pasar como “posibles teorías” y un buffet de datos erróneos de geografía, historia europea y religión, la misma vaga labor que ejerció sobre “Los Ríos del Nazareno”, donde presumía una pederastia de Jesús y donde la Virgen en realidad dio luz al Anticristo y el doctor Oswald Swington debía demostrarlo antes de que La Orden de los Nueve Círculos lo asesinara.

Preferí preguntarle si le gustaba. Me dijo que sí, que adoraba como alguien tan culto como Ray Green lograba transportarte a Europa y describirte con lenguaje fotográfico los monumentos. Me pasó el libro y leí un fragmento:

“Swington siguió a Rita por la Basílica del Corazón Sagrado, por las escaleras. Llegaron hasta la campana que lucía sus cuatro metros de diámetro.

–¿Ya había estado aquí, doctor? – preguntó ella, curiosa.

–Una o dos veces, pero sin que me dispararan.

–¿Sabía usted que el edificio tiene forma de cruz celta para respetar la

tradición cristiana como respeto a los legados heredados hace siglos?

–Por supuesto, veo que usted ha leído bastante.

Swington caminaba, estupefacto por las paredes blancas, un poco más que otros edificios de América. Se detuvieron en una oficina y Rita abrió la puerta...”

Para ser una persona que ha leído bastante, es raro que Rita no sepa que la Basílica esa, en realidad, tiene forma de cruz griega. Aunque la rareza genuina escuece al escuchar a Swington decirle que ha leído bastante.

Le dije que la escritura se me hacía mágica. La invité a cenar mañana.

Dijo que moría por un Jager Bomb.

Capítulo 9

¿Una sorpresa? ¿Ameritaba un berrinche que podía ejecutarse en preescolar? ¿Qué mérito hay en plantearme la situación en base a preguntas retóricas? “Mérito”, se me ocurre que es una palabra curiosa, ¿podría haberlo sosteniendo la precariedad que implicaría arriesgar mis prestaciones? Sin duda, pero el mérito no te da de comer.

Cuando nos dijeron a Gonzalo, Raúl Sinoga, Camilo, William, Sebastián Rivera y a mí que volveríamos a trabajar con la rutina establecida desde que firmamos el contrato, olvidando la situación del día anterior y sin que el Departamento de Prevención de Contaminación haga una revisión exhaustiva para asegurarnos que más “Cuencas Vacías” no siguen navegando en nuestras aguas, fue que decidí invitar a tomar a Gonzalo y a William a un bar cercano.

William y yo pedimos dos caballitos de absenta; Gonzalo evitó su quemazón fría que se expande por las paredes de la garganta, y una cerveza rubia que difuminaba la botella hacía espuma en su boca. Dejé que mi nariz saboreara primero la absenta antes de vaciar medio caballito. Don William me preguntó si me encontraba bien, y claro que tuve que exponerle la preocupación de tener que lidiar con más de esos seres con la piel embestida por la podredumbre, mentir era superfluo ahora, e incluso él lo sabía, porque ni siquiera disimuló la preocupación en la ausencia de fijación de su mirada.

–No sé preocupe, Will – le dije – Dijeron que era poco probable que salieran.

–No dijeron eso – me retribuyó, amargando la plática con una indiferencia brindada por la falta de contacto visual – No dijeron eso, Ramos.

–Dijeron que tuviéramos cuidado – anexó Gonzalo – Eso fue todo.

Vi cómo devoró la mitad de la botella de un solo levantamiento de codos

–Sí, pero es una pendejada – expuso Don Will al dirigirle el aliento a Gonzalo – Tú estabas ahí, cabrón, viste a esa chingadera; yo igual la vi. Putísima madre, estaba temblando y eso que la vi ya muerta.

–Ya relájela, don Will – le dijo Gonzalo – No va a pasar nada.

–No, guey, eso no lo sabes. Tú traías el Perimetrador y le rompiste la madre, pero si me tocaba a mí qué chingados iba a ser.

–Pues a Ramos no le pasó nada – liquidó el oro en la botella con dos

degluciones – y no hizo nada tampoco. Mírelo, completito está el cabrón.

Solté una risa bloqueada con los dientes y me acabé la absenta. Pedimos dos caballitos más. Mandé a la verga a Gonzalo, si ponía su disparo con el Perimetrador bajo la alfombra era mucho más sencillo brindarle un lugar en la chingada.

El segundo trago pasó tan rápido como los sentimientos subsidiados por el recuerdo del “Cuencas Vacías” hace ya tres días. La dicción afable de Sadia que gira en mis oídos todavía, fresca por nuestra cita de ayer; debió de ser suficiente para purificar la memoria.

Don William no permitió que la plática muriera, porque ni Gonzalo ni yo le haremos creer que tiene la oportunidad de pensar que levantar mierda con una pala otorga los reflejos necesarios para quitarse a una de esas criaturas de encima, y aunque él anhelaba creerlo por cuenta propia, era como tomarse agua con sal y decir que ya tomaste tu medicina para la lepra. Tal vez no me di cuenta, pero puedo estar tomando uno de esos vasos justo ahora. El cráter congelando con calor mi esófago se agrandaba con la misma velocidad que el miedo de Will. Pensé en la palabra “suerte” y pensé en que no sé usar el Perimetrador, y pensé que Gonzalo estaba cerca por un mero error de dedo del azar y pensé que esa cosa sin propiedad ocular sabía perfectamente qué usos puedes darle a una pala.

Pedí dos vasos más de absenta.

Un temblor perturbó mis manos. Se prolongó hasta que nos fuimos.

No leí la antología de la mosca.

No bebí el licor de hierbas que guardaba en el refrigerador esa noche.

Le pertenecía a mi cama, pero no al sueño.

Capítulo 10

Apariciones perenes, matizan el aire con un color esmeralda albino, el cielo es el límite y se pierden antes de tocarlo. Los Dardos estaban clavados entre las heces, formando un perímetro que separaba cada disparo unos cinco metros, posiblemente ilusorios, le dijimos a Gonzalo que mejor utilizara una cinta métrica para eso, lo cual lo alentó a utilizar la precisión aleatoria de su dedo en el gatillo para calcular la distancia que divorciaba cada Dardo.

Hombro con hombro, pares. Yo estaba al lado de don William, quien apenas se concentraba en su pala y prefería que un terreno que de por sí no era enteramente fiel a nuestra seguridad le otorgara el beneficio de la duda. Quería tranquilizarlo, y en cuanto lograra hacerlo con mi reflejo en el casco, lo haría con Will. El traje rugoso confinaba mi temblor al anonimato. Recogía la mierda y la ponía en el recipiente que me corresponde; la rapidez impropia del ser humano entonaba el ritmo cuando engullía la pala, y pretender que la poseía me desencajaba las articulaciones.

-Apúrenle, cabrones – gritó Gonzalo, socorriendo con el hombro el Perimetrador, su pala la retenía entre los dedos – Yo me adelanto con Camilo, cualquier cosa nos comunicamos por el radio.

Apenas atribuí a sus palabras un asentimiento deslavazado, un reflejo austero que surgió mientras intentaba no aceptar que un puño compuesto de nada ablandaba la carne arriba de mi estómago y ya tenía el vómito en la mente antes que en el esófago. Saboreé un aire ácido, agrio. Ensarté la pala y dibujé en mis ojos las piernas de Sadia, una en supremacía de la otra, pero antes de bocetar sus pezones entiendo que las náuseas cederán cuando yo ceda a ellas.

-¿Estás bien, Ramos? – me preguntó don Will.

Le devolví el mismo ascender de cabeza mudo que aportaría un niño, uno que no entiende cómo se le responde a un adulto, uno que no entiende por qué hace un día esto parecía un mal chiste y ahora se siente a segundos fantasmas de ser aplastado por unas fauces.

Ni siquiera estoy pensando en regresar a la antología de la mosca, sólo habita en mi cabeza la idea de no presenciar los vacíos voraces de otro Sin Cuencas oculto en la mierda.

Capítulo 11

La noche dejó de ser sólo un presagio hace unas horas; su profecía la dictó el amanecer y luego la luna culminó la llegada. Saliendo del túnel que llevaba a los Hornos, la oscuridad iluminaba mi camino; los titánicos postes de luz quemaban su piel con gélidos roces albinos. Un pequeño sol brillaba al imponerse los haces sobre nuestra segunda capa amarilla.

El bigote de Sebastián seguía pareciendo el trazo maltrecho de un lápiz incluso al sucumbir a la transparencia del casco. Raúl había empañado el suyo, aunque uno siempre recordaría que su cara quedó estancada en su niñez cuando se quitaba su barba.

Aquí siempre plaga el frío; eso nos han dicho.

Las neuronas se reacomodan, se transcribe su quietud en los nervios apaciguados de mi pecho y mis sienes; nada eriza la espalda, nada me roba el aliento, sólo la noche y el terror con que se le ha maldecido por milenios.

-¿Cómo van? – pregunté a cualquier par de oídos dispuestos a responderme primero.

-Aquí chingándole – me respondió Sebastián. Tal cual una estaca estaba su pala adherida al suelo. – Nada raro, Ramos. Pura pinche caca para variar. ¿Y don Will?

-Está en el baño. Dijo que saldría pronto, pero lo dudo.

-Se le veía muy tenso – declaró Raúl.

-Todos lo estamos – fue mi voz lo último que escuché antes de que escuchara mi radio atragantarse con la estática.

Lo saqué de la cintura y respondí.

-Aquí, Ramos – la frecuencia me devuelve un aullido quebrado - ¿Gonzalo?

Ruido en su máxima blancura. Que se pueda interpretar como una voz se transfiere a mis oídos.

-¿Quién es? – me preguntó Sebastián.

-No sé. Hay pura estática.

-¿Ramos? – fue la radio la que me mencionó.

-¿Gonzalo? – respondí – Gonzalo, ¿eres tú?

-Sí, tranquilo, soy yo. Oye, necesito que vengas, tengo un pequeño problema. Sigue la tercera línea de Dardos a tu izquierda. Cambio.

Guardé la radio.

-Ve, rápido – me dijo Raúl. Nosotros aquí esperamos a don Will.

-Ok, no me tardo – llevé mi pala, mi hombro la atesoraba.

Caminé rápido en la dirección que me dijo Gonzalo.

Vi a Camilo pasando con el Perimetrador junto a mí, su máscara también estaba empañada.

Cuando llegué a la posición acordada, no me pregunté cómo demonios Gonzalo sabía la dirección en la que yo me encontraba ni por qué le había dado a Camilo el Perimetrador, el cual no sabía usar.

Capítulo 12

La oscuridad carecía de perfección. Destellos blancos marcaban caminos que se desvanecían. Los Dardos emitiendo luces verdes que el cielo nunca recibirá me rodeaban.

Gonzalo no estaba cerca.

–¡Gonzalo! – llamé.

Toda la realidad y aquello que le ayudaba a existir ante mis ojos se tambaleó con la fiereza de una ruleta destinada al azar. Se detuvo hasta que mi rostro quedó de frente con el excremento. Fue algo metálico lo que me interceptó durante el primer golpe. El castigo a mi espalda igual se sintió metálico.

–¡Dios! – lo llamé desde el piso.

Apretaba los dientes mientras me sentía como la perpetuidad de una calcomanía. Manchas negras y bultos amorfos bloqueaban mi vista.

–Gracias por venir, Ramos. – las palabras sostenían el timbre de Gonzalo en ellas.

Con el dolor plagando la espalda, pude girar a ver.

Esa piel que pudría el panorama nocturno, esos dientes expuestos al aire perniciosos asemejando una carcajada que jamás se cumple, porque no hay nada que aquella cosa pueda ver que le resulte divertido. Pero puede reírse al sentir la pala entre sus dedos.

Sus encías estaban abiertas.

–Es más fácil intentar conocerlos por separado que juntos, ¿sabías, Ramos?

Dilataba el abdomen. La voz de Gonzalo era un soplido cálido escalando de su vientre. O tal vez salía de las Cuencas.

–Siempre es grato conocer gente nueva, Ramos.

Algo movía mi cuerpo, hacía que las extremidades flotaran privadas de la voluntad de la mente, simplemente imitaban el desdoblamiento de una araña aceptando su destino bajo un zapato. Las encías seguían expulsando palabras que bien podrían ser proferidas por Gonzalo; sólo deben seguir abiertas, así que cuando el Sin Cuencas pareciera querer sostener un mazo por la manera en la cual sostenía la pala, se disipaban

las dificultades. La levantó en alto.

La testosterona me mordió.

Le aventé mi recipiente y los pies volvían a sostenerme. Corrí antes de que se me olvidara.

– ¡Sebastián! – grité – ¡Raúl!

Corría. El suelo les negaba existencia a mis huellas predicando el sonido de la humedad siendo estrellada, así como el oxígeno siendo machacado por mis fosas. Un gris que se quiebra parte el camino en mi casco. Escucho pisadas con ritmo errático y anhelo creer que simplemente son las mías.

Cuando me detuve bajo la vigilia de los faros blancos, le robé todo el aire a la mitad del planeta.

Iba a necesitar mucho más.

Capítulo 13

Una luz verde, transferida por uno de los Dardos, creaba un sendero en forma de cono, como una pradera llena de colinas deformes cuando debería llenar un fragmento del aire y escalar hasta el cielo, pero la sien de Raúl no resultaba ser buena base para dicha tarea.

Mis dientes masticaron una bocanada; no la misma que me hizo darme cuenta de que había algo rebotando en el pecho; quizá mi corazón intentando escapar.

El cristal de la máscara de Sebastián ya lo había hecho. Sucumbió a la insistencia de un Dardo en el ojo.

Hay una rebelión en mi estómago, la acidez subyuga mi esófago.

–¡Dios! – un chillido que imitó la voz de un humano bajo la máscara que retiene mi aliento frío.

La patética carrera que llevé duró lo necesario para adentrarme en el pasillo que llevaba a los hornos. La lentitud no marcaba el compás; era el compás mismo, la clase de compás requerida para poder sentir en cualquier segundo entregado por el azar el peso del Sin Cuencas incrustando sus manos en mis hombros.

Activé el panel de la pared para que la cortina de acero se cerrará. Volteé una vez antes de que el exterior se redujera a un rectángulo moribundo que reducía a migajas el panorama. La pulcritud de la luz iluminaba unos pies que reservaban apenas unos pocos centímetros de la puerta.

De rodillas, mi mano era un gancho sosteniendo los botones del panel de seguridad. Empañé el casco una vez más. Los sollozos me privaban de cualquier otro sonido. Una vez más soy un ente sin consciencia, ajeno a sus aptitudes corporales, aquel que deja a la gravedad adquirir propiedad de su mano enganchada a los botones y cuya mente trabaja, trabaja y no deja de trabajar, menos si es en contra suya; ¿por qué evitaría el deslice de imágenes que tienen plasmadas las caras incrédulas y vacías de vida de Sebastián y Raúl? ¿Por qué evitaría que recordara que su cerebro ahora era una brocheta luminosa? ¿Por qué me permitiría olvidar algo que no puede olvidarse?

Escuché uno de mis quejidos aturcidos por saliva. Siento que soy un cráneo pendiendo de un hilo. Un cráneo que retrae los párpados al recordar que hay alguien que no es un alguien que conozca reteniendo un artefacto lo suficientemente eficaz para compensar las intenciones fatales

de las manos que la acunan, refugiadas en un traje hermético.

La gravedad estuvo en mi contra al intentar levantarme. Tomé el radio.

-¡Will! ¡William! - quien me viera asimilaría que sostengo un detonador.

El aquelarre de la estática dominaba la frecuencia. Todo el pasillo se movía antes de darme cuenta que ya había llegado a la entrada de los baños.

-¡Don Will! - grité.

Las cuatro cabinas no contradijeron el silencio de los uriniales. Un hombre vestía un traje idéntico al mío y se burlaba en el espejo. Una segunda llamada por radio remarcó la inutilidad de seguir buscando respuesta.

Corrí hasta llegar a los casilleros.

-¡Ramos! - corrió mi nombre en el aire - ¡Deprisa, corre! ¡Ven rápido! - William me llamaba.

Supuse que venía de atrás de la segunda columna de pasillos. Una escoba con palo de madera fue lo que partí a la mitad a fuerza de rodilla. Esgrimida en alto, me aproximé.

-Will - dije - Soy yo.

Me asomé a la segunda hilera.

Supuse que estaba sonriendo aun careciendo de labios.

Un tronido seco se hace notar. Un segundo tronido también debió de haber detonado pero las entrañas retuvieron su anuncio. Cuando la fiereza que portaría un picahielos al rojo vivo o un trozo de acero aventajado con cables eléctricos trascendió de mi estómago hasta penetrar mi espalda, fue que pude entender que un Dardo me estaba usando como brocheta.

-¡Dioooooooooooooooooooooo.....! - proferí.

Me ofrecí al piso.

-¡Ayúdenme! - la máscara me devolvía el eco.

Los pies enfundados en amarillo caminaron hasta donde me encontraba.

El ser usando el traje hermético con la piel marrón tenía abiertas las

fauces.

–Gracias por venir, Ramos – la voz de don Will se filtró al traspasar los incisivos de aquella cosa cuya naturaleza se mostraba reacia a brindarle el placer de un par de pupilas.

Le respondí con sangre vomitada. Hablar parecía una capacidad casi extinta. El esófago rebosa de algo que me sabrá a hierro. Por más que aprieto los dientes, el rojo se rebela y cabalga por mi barbilla. Mis manos están alojadas cerca de mi estómago, como si eso fuera a volver más suave el castigo, como si eso fuera a devolverme una parte de la estabilidad nerviosa para poder sacar el Dardo de mis intestinos.

No me he acostumbrado a los estrangulados lamentos que me sobran y no he dejado de proferirlos. Una sordera recae en cada milímetro dentro de los oídos; sin ecos, sin zumbidos. Todo se apaga.

Capítulo 14

Un océano. Una tempestad. Una invasión de luz que declara extinto todo aquello que pueda llevar nombre.

Hablar. Acabo de recordar que puedo hacerlo.

Soñar. Mis sueños son blancos.

Soy un ciego al que la negrura imperecedera que reposa en sus pupilas lo ha abandonado para sucumbir a la subyugación de una luz que no promete ese reino premeditado para las almas caritativas que rezan ante una cruz.

Dicen que hay un Dios que todo lo ve. No veo por qué llevaría un tapabocas.

–Está despertando, doctor.

La plaga blanca se abstiene de ser informe. Materializa hombros, ojos y un tapabocas gris, crea arrugas, crea una piel. Su nariz se me acerca.

–Ah, mire, sí es cierto – dice la figura recién engendrada – Enfermera, cancele el registro de defunción y borre la hora de la muerte.

Capítulo 15

Incertidumbre. La entiendo. La siento. Mi derecho es sentirla cuando tengo inhabilitada la boca convertida en una costra sedienta y en el núcleo de un tubo con sabor a oxígeno. Parecen serpientes, pero sólo son otros tubos maleables los que se enchufan a las venas instaladas en los brazos, en las piernas y en el torso. Drogas y sueros con la "X" o la "Z" infiltradas en sus nombres colonizan cada torrente de mi cuerpo.

¿Cómo conviven la suavidad y la dureza juntas? La paradoja se traduce en alegoría cuando me percato de la cama de hospital que no termina de socavar mi espalda.

La faz carnosa del dedo índice es reemplazada por un oxímetro de pulso.

- (Es un balbuceo que no encuentra lenguaje con el cual cifrarse o decodificarse lo que suelto, pero sé que tengo las palabras atoradas en la lengua. Trato de llamar a una enfermera) - solté, entendiendo la serie de murmullos anoréxicos que absorbió el tubo.

El cielo y unos cuantos árboles se dividían en dos mundos rectangulares al contemplarlos por las ventanas, uno tenía plasmado el sol, el viento lo compartían.

-Buenos días, señor - escuché a mi lado.

Una mujer vestida de enfermera capturó toda mi atención. Si no era enfermera, tal vez estaba alucinando con una película porno.

-Relájese. Ya se encuentra mejor. Vaya que nos costó estabilizarlo. Por un momento ya parecía que se nos había ido.

Transfiero un parpadeo. Atosigo al techo con mi mirada. Siento al tubo respirando por mí, como si tuviera pulmones propios.

Siento un olor a orina.

-¡Dios! Se me olvidó preguntarle si necesitaba ir al baño. No se preocupe, mandaré a que lo laven.

Capítulo 16

-La situación es ésta, señor Ramos – comenzó a decir el engendro con ropa de cirujano que se identificaba como el doctor Manelí – Su estómago y su intestino grueso están gravemente dañados. El Dardo que le extirpamos perforó por completo todo. Le tuvimos que extirpar diecisiete centímetros de intestino grueso y el estómago debió de ser partido a la mitad. Usted posee medio estómago ahora. No habría habido necesidad alguna de ser tan extremos, pero esa cosa que tenía clavada liberó una sustancia que envenenó y gangrenó a una velocidad monstruosa sus órganos. Suponemos que era la sustancia que hacía brillar al artefacto. Por fortuna lo removimos todo, ya no hay nada que pueda hacerle daño por dentro. Pero claro, defecará por una bolsa por un buen rato y deberá alimentarse por un tubo, sin embargo, con la terapia apropiada y el tratamiento adecuado estará pronto como nuevo. Y vea el lado bueno, ya no comerá tanto. Y claro, de aquí en adelante, olvídense del alcohol.

La sentencia de mi boca se ha cumplido, las palabras vuelven a ser parte de mis dominios, aunque un poco secas todavía. Escarbo tan profundo como sea necesario para adherir saliva a los labios.

-Agarre el dardo y clávemelo en la cabeza, doctor, por favor – le dije, negando el contacto visual.

Nada era lo que podía repeler a la morfina sustrayendo la saliva, la cual extrañaba. Nada era lo que evitaría que la deglución asemejara un slow motion cuando lo único que podía tragar era sequedad. Nada era lo que podía suprimir mis lágrimas que escapaban cuando los antibióticos insertaban clavos en mis riñones. Nada era lo que me impedía desear el sabor de los espíritus verdes clamando piedad dentro de un caballito de absenta. Nada era lo que se llevaba todos los minutos que me quedaban de este cuarto cano.

Excepto Sadia.

-¿Cómo estás, Ramos?

Retuve la nuca en la almohada de olor lavanda mientras mi sonrisa apaciguaba la risotada. Sentía que las entrañas podrían ser replegadas como si les arrojaran un misil.

-Pues aquí aguantando – la lengua de un niño introvertido y asmático es lo que parece que ha sustituido la mía – Estoy jodidísimo. Me reventaron

la pinche panza.

Pudo haberme llamado la atención la blusa del mismo color que poseyó el cielo hace años; sus jeans eran genéricos, sus chanclas me daban risa. De su antebrazo, se columpiaba un bolso café. En su otra mano, se resguardaba un libro.

-Sí lo sé. Me topé con una de las enfermeras, me dijeron tu situación.

-¿Cómo va todo allá en el Centro?

La forma en la que se sentó en la silla de al lado de la cama, como si sintiera frustradas las piernas, y el resoplido a los azulejos del piso, sentí un presagio que tambalearía la calma.

-No sé si deba decírtelo. Aunque sea como sea ya debes de sentir que algo va mal. El departamento está en un problema serio. Tras el incidente con esos atacantes... mira, no sólo fueron ustedes. Varios en las oficinas también fueron atacados. Esto me lo contaron, yo estaba de descanso. Vi a la policía dentro del edificio en los periódicos y en las noticias. Dios mío, esas cosas... no sé qué demonios eran. Mostraron su fotografía donde estaban acribilladas a balazos. Lo vi en el diario "AL PITAZO". No hubo manera de que el gobierno ocultara lo que pasó ahí. Cerraron todo. Marcela me contó lo que ocurrió después. Estamos bajo varias demandas por parte de los familiares de los empleados. Nos trajeron abogados, asesores, todo. Mandaron inspectores, pero sólo nos metieron más el chile. Descubrieron varias anomalías que iban contra el Código de Seguridad; las instalaciones y sus desperfectos en las tuberías, los lockers oxidados, los baños a los que se les iba el agua, la estancia para almorzar, todo, lo vieron todo. Vieron que no contamos con una medida para lo que pasó.

La observé. Demandas. Inspecciones. Guillotina.

-¿Cuánto tiempo estuve inconsciente, Sadia?

-¿No lo sabes? El doctor dijo que estuviste inconsciente dos semanas luego de que por poco te declararan muerto.

Dos semanas. A mis manos les faltan dedos para contar los días que las construyen. Mi boca estuvo reseca catorce jodidos días.

-Pareciera imposible todo esto, lo sé, pero las cosas se vinieron abajo con mayor rapidez cuando mandaron a los inspectores.

-¿Qué pasó con los demás? ¿Con mis compañeros?

Otro presagio. Su mano socorriendo el pellejo de la mía.

-Lo siento, Ramos...

Capítulo 17

La calma extendida en su retirada se sintió igual a la que le das a un muerto; la lentitud que crees necesaria para sentir que escucharás su voz a tus espaldas antes de condenarla para siempre a la sección de los recuerdos.

El libro quedó estancado en un mueble, al alcance de mis dedos. No lo leería ahora.

Un túnel que pudiera ser diáfano pudo haber sido formado en su cráneo con un Dardo. Pudo haber visto su cuerpo por última vez ajeno a su cuello, igual que la cabeza arrancada de Gonzalo que encontraron cerca de un montículo de aves muertas. Pudo haber dejado su lengua colgando como una corbata, al igual que Camilo, puesto que ya no tenía quijada que la sostuviera. Pero al final, el corazón de don William fue lo que le declaró la sentencia al detenerse. Nunca más volvió a latir.

Capítulo 18

-Su compensación... - me dijo la culebra homínida que todas las noches llegaba a su madriguera a mudar su piel compuesta por un traje y una corbata roja que se quitaban más fácil que las escamas - ... consistirá en 275,000 pesos mexicanos a nombre suyo; más un adelanto de su pensión. Esperemos no tener declaraciones de más con la prensa.

Como si fuera algo que dependiera de recibir el tacto hacia un bebé, me acercó un documento tieso. Me cedió una pluma; debía estar sintiendo que regalaba oro desde una avioneta.

Esquematizo las líneas; pocas veces cedo a la determinación como ahora.

-¿Por qué dice que acepto la cantidad de 125,000 pesos?

-Bueno, espero que no creyera que la buena fe de este hospital pagaría sus operaciones.

Mi boca se sintió hecha de arena. El agua era un anhelo que no le pediría a este desgraciado.

-La culpa fue suya – se me acaba la voz, las cuerdas se marchitaron como la nicotina ante el prurito fuego.

-La culpa fue del despacho del gobernador – me siseó – Teniendo en cuenta que ya ha privatizado el Departamento de Desechos, todo pasa a nuestras manos. Ahora, ¿tiene usted alguna oferta qué hacerme para que le modifique el contrato? Eso sí, hágalo rápido, el acuerdo vence en tres horas. Una vez pasado ese tiempo, el único trato que se le puede hacer es una liquidación básica, tal vez un poco inferior de la que debería ser; por supuesto, ya no cubrirá los gastos médicos presentes y la deuda quedará a su nombre... y teniendo en cuenta que mi empresa ya trajo a sus propios trabajadores de Canadá y Francia, no requerimos nuevos obreros. No cuestionamos la mano de obra mexicana, pero preferimos irnos a la segura.

Sostengo la pluma. Sangre negra la sacia. Podría inyectársela a la serpiente en la frente; un unicornio improvisado. Otro montículo rasposo sustituye mi lengua; tal vez me la pude haber tragado sin darme cuenta. Dibujé un gusano desenredándose, diferente al que tiene mi identificación y diferente al que tiene mi tarjeta de seguro social vencida.

-Perfecto, caballero. La empresa MetaShovel le agradece su cooperación. Espero se recupere pronto. Que tenga buen día.

Me quedé comiendo arena. Reptó hasta la puerta. Casi anochecía.

Descanse, don Will.

Capítulo 19

La ventana delata a la noche ciega, sus millares de estrellas cabrían dentro de mis pupilas si mostraran su agonía esplendente. La blancura del cuarto pareciera verse gris; no le doy crédito al foco manchando de pulcritud esquinas y muros, equitativo.

Los tubos ya no asedian mi boca, la sequedad estancada en mi lengua se ha marchitado; puedo inundarla nuevamente, puedo arrancarle el espectro de los sabores. Manzana. Me la dieron en forma de puré. Sentí como si formara parte de mí al dejarla pasar.

Miré el libro en el mueble.

Podía asomar mi mano para que lo acariciara. Los dedos tentarían a la piel lisa de la portada como aquellas yemas curiosas por ver el secreto que resguarda el sostén abultado de una mujer. Ahí está para mí, y escucho mi propia voz deslizándose dentro de mi cabeza, adoptando las palabras que me dicen que ese libro estará ahí para mí, acumulando todos los días necesarios hasta que decida anexar otro mundo a cada recuerdo que me pertenece desde que descubrí que la vida también puede emitir un primer párpado con tinta y papel.

Los libros ahí están, contando la historia de la humanidad en mil inicios y millones de finales, recordándonos los cielos que no vemos o los mares que no albergamos bajo los pies, emasculando la verdad para que veamos la mentira como un rostro en el cual una llaga puede trazar una línea escarlata y no como una mera máscara palpable.

Don William me dijo eso una vez, cuando recién estaba acostumbrando a ser un mierdanauta por todos los días que pudiera anexar al olvido al mirar el calendario y me miró leyendo a Bukowski. Él ahí estaba. Él ahí siempre estuvo.

Llega hasta mi boca el salado beso de una lágrima.

Capítulo 20

Han acalambrado el único hígado que poseo con ejércitos masivos de medicamentos. Las terapias físicas formatearon diversos músculos. Pude imaginar cables cimentados bajo toda la piel, torciendo y extendiendo miembros; una inteligencia artificial captando la abstracción de algo a lo que llamaré extremidades cuando su noción de consciencia la corrompa.

Rehusé contar cuántos kilos de la colonia de grasa que tenía en el abdomen perecieron, por lo tanto, tampoco puedo hablar en centímetros de cintura reducida.

Me quitaron veinticinco mil pesos más de lo que decía el primer contrato en el hospital.

Adoptar a una cría, protegerla del cielo enfurecido o la tierra quemada. Así me vi cubriendo de sombras bajo el brazo el libro de Sadia.

Luego de toneladas de meses, la estirpe del sol iluminará el camino a casa.

Capítulo 21

La caja de concreto a la que le llamaron "casa" y luego yo llamé "hogar" lucubraba calor que no sería maleable ni con ayuda de un ventilador. La cocina y la sala siguen siendo siamesas. Revisé el patio trasero; perfecto, sigo sin tenerlo. Dos letrinas adheridas poseen sobras de centímetros que los cuatro muros contraídos que acobijan el lavamanos, el inodoro y la regadera. Sobre mi comedor de dos por dos, un cenicero pintaba un paisaje con colinas de cenizas y filtros abstraídos hasta la deformación a punta de pulgar. El sol que entra por mis tres ventanas exorciza al polvo.

Huele a un rumor de nicotina, limón y soltería.

La portada en el libro predicaba el nombre de un francés. Calvin Lachapelle maquinó cada párrafo dentro de esas hojas. Su obra se lee como "Obediencia" si decodificamos su lengua original.

Una novela. Sadia me la dio. Fingiré que es un cuento de 250 páginas.

Veamos con qué cargaba la sinopsis.

Prometedor. Nauseabundo para ciertos grupos, seguramente. Por primera vez, dentro de Casa Blanca, un presidente vestiría con abaya.

El Islam contamina las ramas de la ONU. Cada nación accede a trasmitirlo. Francia no ejerce una excepción, pues rechazará cualquier gama de posibilidades divisadas a la ocasión de dejar de ser uno de los principales aliados de Charles Miller Arafat, presidente del Partido Musulmán Demócrata y, actualmente, de Estados Unidos, de padre árabe y madre canadiense, nacionalizado estadounidense e incrustado en la política.

En una Francia "Islamodemonizada", Jean Paul Ferrec, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad de Niza Sophia Antipolis, despótica contra el sistema, la vida, las mujeres con las que se ha acostado y contra su pene pequeño.

"Puedes decir o pensar lo que quieras. Desde "mierda" hasta un "al carajo", todos van a demonizarte de mil y un maneras si ven que cabalgas a un ritmo distinto.

Mi apellido es Ferrec, y anhelo que se me llame así en lugar de por mi nombre, Jean Paul; pero once años en la Niza Sophia y constantes insistencias en perpetrar ese nombre a mi persona entre mis colegas fueron tirados por el retrete.

Jean Paul. Siempre se me ha hecho patético que tu primer nombre sean dos nombres. Paul habría sido genial, como Paul Bettany o Paul Newman. Sólo puedo presumir de asemejar mi identidad con Sartre. Si tienes limones...

Mi padre usaba esa frase, y trato de ver la limonada en el periódico de hoy mientras infló con café mi boca.

Una fotografía de calidad cuestionable de la Torre Eiffel con montones de señoritas de entre quince y veinte años (según el responsable de la noticia) presumían su hiyab, bellas prendas de colores verde, negro o rosa.

LAS JÓVENES FRANCESAS YA ESTÁN ADOPTANDO LA VESTIMENTA ÁRABE decía el encabezado que decidieron sería digno de estar en primera plana.

Pasé la página. Ultras vestidos de negro arrojaron bombas molotov sobre una mezquita recién construida en Estrasburgo. Las llamas bailaban en una fotografía de la misma calidad que la primera.

Ultras de derecha y musulmanes. Y yo creyendo que primero nos invadirían los sirios o los chinos."

Sobriedad. Como desayunar pan tostado con café amargo donde diminutas morusas de azúcar se ahogan dentro de un lago negro, para después dejar que un cigarro incinere tu garganta.

Todos desayunarán miel.

Nadie optará por los jalapeños.

Es tiempo de buscar nuevos desayunos.

Capítulo 22

Ya iban cien páginas que perdían su enigma luego de que las leyera. Ni un río corre tan bien como este panfleto anti-islam, reconstruido y armonizado por un profesor de Ciencias Políticas que no ha escatimado en párrafos para recitar su odio al ente musulmán con la devoción con la cual la iglesia colapsa de cantos dominicales. No me indigesto ni me decreto partidario de la repulsión. Los adeptos al Corán me son tan ajenos como la nueva epidemia de lepra que se ha expandido en el norte de África. ¿Cuántos "politicorrectólogos" deformaron el rostro en muecas que incitaban al vómito al leer que – ..., las almas musulmanas acogen el mal para escapar de males aún mayores...? Ferrec no escatimó suciedad para recargar su boca.

"... luego de que Audrey sirviera el vino parpadeé dos veces antes de asomar una furtiva mirada a su escote. Su vestido azul tentaba a las tetas a escaparse; la falta de brasier era cómplice de tal hazaña. Dirigí la mirada a mi copa espumosa. El vino era dulce, rosado, era para mujeres.

–No me gustan los amargos – dijo Audrey, esperando que entendiera por qué despreció un buen vino tinto y que me trague esto. ¡Dios, esas tetas! – Me molestan el estómago. Estos son más suaves y pueden saborearse mejor. ¿Te gusta?

–Es bueno – le dije –. Oye, ¿qué te parece si vamos a cenar?

Brillaron sus ojos. Mi proposición me había asegurado una mamada. Vincent me dijo que cuando la llevó a un café cerca de la Torre Eiffel le dejó los testículos secos, chupó su pito como un popote. No es raro en las mujeres entender uno de los favores más antiguos del mundo de los hombres.

–Claro que sí – me dijo como una niña –. Voy por mi abrigo.

Desapareció de mi vista y tiré el vino dulce en una maceta. Si obtenía mi mamada (o cuando menos una chaqueta) posiblemente la haría mi acompañante cuando me vaya de vacaciones a España en navidad. "Acompañante"; es una palabra casi divertida, suena a eufemismo, sobretodo en este caso, siendo yo unos veinte años mayor que Audrey."

Audrey salió en escena y Lachapelle la convirtió en el Patiño perfecto para resguardar entre clásicos. La describió como rubia, de caderas amplias, grandes senos y exuberantes nalgas. Era la heredera de una petromonarquía que no perdería la mansedumbre ante los gringos nunca y cuyo padre también había abrazado las palabras del Corán. La chica se

metió a estudiar Ciencias Políticas para irse a Alemania a enseñarlas. Los rumores de su promiscuidad incrustada en sus genes asemejaban el magnetismo para atraer hombres y una que otra "*lesboafiliada*", término que, deduzco, Lachapelle le adjudicó a Ferrec para referirse a las feministas que *lamen el coño a otras feministas*. Vaya desgraciado; y pensar que Sadia acuna sus palabras. Y parece ser que el miserable ha conseguido hacerme fiel a su pluma.

Capítulo 23

Escaparé de los alimentos sólidos como quien le presta pánico al reptar de una cobra. Se me permitirá comer todo aquello que pueda embarrarse en los dedos. Lo más duro que podré saborear será una manzana. Cualquier cosa que pueda deslizarse por mis mermadas entrañas.

La mano izquierda de mi reflejo levanta la playera. La intimidad de la habitación es claustrofóbica. Un remolino de carne se abstiene de detenerse encima del abdomen; hunde los pliegues lánguidos con mayor profundidad que el ombligo por el cual quiere asomar una cabeza pellejuda. Un relámpago negro me parte en dos al atravesar el remolino. Pasarán veinte años, y cada espejo del planeta traducirá la misma imagen cada vez que mi reflejo me lleve la contra al levantarse la ropa. Pasarán cuarenta años y seguiré imaginando que nunca más volveré a ver las cicatrices.

Me senté en la cama. Había calor.

No había ventanas.

Capítulo 24

Sentado en la cama, dejo que la luz me toque el lomo, que manche las sábanas y se apropie de todos los rincones del cuarto. En la cocina, en el baño, dejé almacenándose destellos amarillos. Las sombras se alineaban o se duplicaban bajo sus dueños, fueran muebles o sillas.

Bebí tres chorros de agua con un arcoíris de pastillas. Vencidos el dolor y los calambres y cada posible invasor viral dispuesto a amedrentar mi cuerpo, lo único que se erigía invicto era el insomnio.

Quise entregarme al sueño hace dos horas. Quise desear dormir.

Le puedes mentir a todos. Te puedes mentir a ti mismo. Pero la consciencia diluye como ácido.

Dejaría que los sueños me lleven, y nada impediría que las pesadillas pudieran arrebatarme de ellos. Cruel arquitecto es la mente... dentro de la memoria o la imaginación. Es un arma de destrucción masiva; cada momento que traces en el páramo de la fantasía y la ensoñación puede destruirse, puede destruir todo a su paso, sólo con pensarlo... sólo con pensar.

Puedo imaginar una bomba cayendo mi techo y soñar con misil, puedo soñar con veneno, con un disparo, con un cuchillo, con un hacha... y con cuencas vacías.

Capítulo 25

La mañana fue mezquina, y convertida en un abrazo en cuestión de minutos gracias a mis medicamentos. El sol se estiraba por las ventanas. Una manzana y puré fueron colocados en la mesa luego de que quince minutos rebasaban la paciencia de las ocho en punto de la mañana, una hora antes de haber despertado vivo todavía; un despertar inusual un miércoles en la mañana, porque por años, cuando la semana se partía a la mitad, cuando iniciaba su cuenta hasta el siete e incluso hasta cuando terminaba, lo primero que me recibía al despertar era el techo o mi almohada, lo segundo era mi reloj de pulsera que sonaba con la alarma de disciplina casi militar a las seis y media. Despertarme a las diez era un lujo sabatino. Lujo era también las tortas de tamal que compraba en la esquina, o los emparedados de salami y salchicha con ambas caras ahogadas en mayonesa y mantequilla que me preparaba con el cuidado de quien retrata a un emperador.

El legado del fuego de la estufa lo transmitía a la pequeña olla negra donde el agua comenzó a explotar, de la misma manera que la acribillaba a las seis con cuarenta de cada mañana, durante los días que podían contar seis dedos.

Serví dos cucharadas de café instantáneo en una taza; su influencia ennegreció el agua cuando la estancó hasta el fondo. Renunciaré al alcohol, pero jamás al café. El borde me da un saludo amargo.

-Delicioso – dije. Meses que me alejaron de ese sabor, pero que jamás me negaron antibióticos ni sueros que sabían a algo que no debía tocarse con la lengua.

Muerdo la manzana, el primer desayuno que contendré sin apresurarme por ir al trabajo. Adiós a la mierda que no sea la que se atiborre en mi retrete.